



Lorenzo

Silva **La sustancia
interior**



DESTINO

La sustancia interior

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 838

© Lorenzo Silva, 1999, 2016
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en Ediciones Destino: enero de 1999
Segunda impresión en Ediciones Destino: febrero de 2006
Tercera impresión en Ediciones Destino: mayo de 2007
Cuarta impresión en Ediciones Destino: abril de 2016

ISBN: 978-84-233-5076-6
Depósito legal: B. 5.874-2016
Impreso por Black Print, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está clasificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra
la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nota a la edición de 2016 11

1. El extranjero 15
2. La nave de lona 46
3. La nieve 78
4. Camila y Núbila 110
5. Horacio 151
6. Los errores 185
7. Hundimiento de Camila 222
8. Náusica 256
9. Núbila y la muerte 289
10. La sustancia interior 325
11. Hundimiento de Ennius 360
12. Pólux 394
13. El sueño del arquitecto 426
14. En el sagrario 458
15. La venganza 492

I

El extranjero

El extranjero se detuvo ante la catedral. Contra el cielo oscuramente gris, sobre la fachada desfigurada por el andamiaje, las torres se alzaban majestuosas, despreciando al espectador y aun el resto del edificio, sometido, en su inconclusión, al imperio de sus formidables apéndices. Eran cuatro, suavemente cónicas, las dos centrales cinco o seis metros más altas que las exteriores. Cada una de ellas arrancaba de un haz de columnas asentadas en lo alto de la nave, continuaba con un trecho de pared lisa y a partir de la altura en que empezaba a adelgazarse perdía gradualmente su solidez en una trama de vanos que revelaban la oquedad interior. Faltaban los pináculos, apenas insinuados en las dos torres centrales, pero eso no perjudicaba, por cierto, la pureza de sus líneas.

Aterido y frágil en la tarde de enero, el extranjero avanzó hacia el hueco a medio rematar que algún día habría de ocupar el tímpano de entrada. Dudó al pasar bajo el andamio y observó con reprobación los materiales negligentemente amontonados por todas partes. Nadie le salió al paso hasta que no hubo traspuesto el portal y se halló en el interior del templo sin techumbre.

—¿Quién es usted? —ladró el vigilante. Era un individuo malencarado, iba vestido con ropas deslucidas por el uso y esgrimía un bastón de madera mugrienta.

El extranjero le eludió durante un par de segundos, mientras contemplaba el caótico aspecto que, vista desde allí, ofrecía la catedral. En algunas capillas las paredes se veían completamente terminadas, pero otras apenas estaban revestidas y en la mayoría abundaba el ladrillo desnudo. En el centro de la nave, ajenos a cuanto los circundaba como las torres rechazaban cualquier vínculo con la fachada de la catedral, se veían los muros de piedra afiligranada que rodeaban el altar mayor y el coro. La minuciosidad de los bajorrelieves, la perfección de los arcos ojivales y la airosa delicadeza de las falsas columnas labradas en aquellos muros se conciliaban apenas con el desaliñado armazón en cuyo centro se erguían. No tenía sentido haber culminado aquella labor a la intemperie, pensó el extranjero, mientras se acordaba de pronto del vigilante que aguardaba su respuesta.

—Soy el maestro tallista —explicó, sin mirar al otro; y añadió con cierta altivez—: Me esperan.

—¿*Quién* le espera? —se revolvió el vigilante.

—Recibí el encargo del Arzobispo. Llevo conmigo una carta con su sello y su firma. ¿He de enseñársela?

—Si no tiene inconveniente.

—Pensé que no era la persona apropiada para verla.

—Probablemente no. Pero no pasará de aquí si no me la enseña —razonó el vigilante con inesperada malicia.

El extranjero hurgó en su equipaje y sacó un papel amarillento. Lo tendió al vigilante sin desplegar y mientras éste se entendía con él se abstraigo en el vuelo de un arbotante cercano, visible a través de una de las discontinuidades de las fachadas laterales.

—Parece auténtico —juzgó el vigilante, tras examinar el documento al derecho y al revés—. No puedo asegurarlo porque nunca he visto la firma ni el sello del Arzobispo, a menos que sean realmente éstos.

—¿Por qué insistió en que le enseñara el papel, entonces?

—Porque usted no podía negarse.

—¿Es eso un motivo?

—No, era una ventaja. Puede curiosear por ahí, si quiere. El arquitecto no está. A decir verdad, yo ni siquiera le conozco. El capataz sí viene cada día. Es aquel que viste de azul y mueve mucho los brazos. Tendrá que hablar con él, si quiere saber algo sobre la obra. Aunque al final deberá ver a algún canónigo, supongo.

—Gracias —gruñó el extranjero, recogiendo la carta que el otro le devolvía.

Aparte del color de su indumentaria, que destacaba sobre la masa grisácea de los operarios, el capataz se distinguía por su corta estatura y por ser el único dentro de aquel recinto que parecía animado por un propósito. Su gesticulación resultaba algo nerviosa, pero al menos reflejaba un cierto interés por llevar aquello adelante. Los demás se movían despacio e intermitentemente. El extranjero estuvo un rato observándolos y se fijó en más de uno que asistía a la construcción con la distancia propia de un curioso

desocupado. Al fin avanzó hacia el capataz. Mientras sorteaba los múltiples obstáculos que se interponían en su camino, el extranjero reparó en la presencia hasta entonces inadvertida de otra clase de personajes. Sus ropas eran del mismo color que las del resto de los operarios, pero algo variaba en su forma, o en su hechura, o quizá, apostó sucesivamente, se diferenciaban por haber sufrido un menor desgaste o por el movimiento de los cuerpos que envolvían. En ellos el descuido de los otros era reemplazado por una especie de contención. Vio a uno cincelandó en el muro que defendía el coro, a otro rematando un arco, a un tercero dirigiendo, entre la resignación y la desesperanza, a cuatro operarios que elevaban una columna. Los tres eran jóvenes, aunque en el del coro atisbó cabellos grises. Su porte era taciturno, y su mirada, la de quien no estuviera demasiado contento. Habiendo alcanzado ya la proximidad imprescindible, el extranjero reclamó la atención del capataz:

—Buenas tardes.

—Lo serán para usted, tal vez —bramó el capataz, e inmediatamente se volvió, vio a quién hablaba y, apenas más amable, explicó—: Disculpe, tenemos algunos problemas. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Soy el maestro tallista. El Arzobispo me mandó venir para hacer la sillería del coro.

El capataz se encogió de hombros, soltó una risotada y dio un puntapié a un cascote, que fue rodando hasta chocar con un cubo de agua. Pareció lamentar por un segundo que el cubo no se volcase y dijo:

—Espléndido. Nadie me consulta nada. Así vamos, derechos a la ruina.

El extranjero no supo qué contestar, si es que le cabía contestar algo.

—No es personal —aclaró el capataz—. Cada mes aparece por aquí un lunático nuevo para hacer algo a destiempo. ¿La sillería del coro, dice? Bárbaro. Eche un vistazo y dígame si cree que es el momento para empezar su tarea. Responda sin miedo, no tengo poder para echarle si alguno de los que deciden me impone otra cosa.

El extranjero meditó un instante y supuso que no debía sincerarse con su interlocutor, ni en aquel momento ni quizá después.

—No necesito que la catedral esté terminada. Puedo trabajar en un taller e instalar la sillería cuando todo esté acondicionado.

El capataz volvió a reírse.

—Claro —admitió—. Usted es joven. Es posible que sólo tenga ochenta años cuando todo esté *acondicionado*. ¿Cuánto cree que resistirá la sillería desmontada? ¿Cómo va a protegerla para que no se eche a perder en ese taller? Disculpe, no quiero enseñarle su arte. Tampoco espero estar aquí cuando pueda instalar su obra.

Al extranjero empezó a fastidiarle la situación.

—Lamento importunarle. No he venido cuando me ha apetecido, sino cuando me han llamado.

—Desde luego. No le echo la culpa. En realidad yo no tendría ni la mitad de los problemas que tengo si mi mujer fuera estéril. La miseria que gano aquí se va en vestir y llenarles el estómago a cinco pequeños dementes que llevan mi apellido y también mi cara, para que no haya dudas. ¿Tiene hijos?

—No.

—Dichoso usted. ¿Trabaja por amor al arte?

—No. Pero tampoco lo detesto.

—En cualquier caso, si quiere un consejo, no procree nunca. Se encontrará de pronto viviendo la vida de otro y no podrá hacer caso a los deseos de su alma. —El capataz miró al cielo, con aprensión—. En cuanto a lo de su sillería, no puedo ayudarle, de momento. Yo no hago nada sin instrucciones. Tendrá que ir a ver a quien pueda dárme las.

—¿Sería mucho pedir si le rogara que me indicase dónde y a quién tengo que acudir?

—Naturalmente, debería probar en el palacio arzobispal. En cuanto a la persona, si sólo hubiera una es posible que yo durmiera por las noches. Pida ver a un canónigo. A cualquiera. Hay doscientos y todos tienen alguna competencia sobre todo. Puede que le atiendan o que se le escape una palabra equivocada y le expulsen sin más trámite de la archidiócesis. Si el encargo que tiene es del Arzobispo entra dentro de lo probable que le proporcionen material y le asignen ayudantes. Ya hablaremos entonces.

El capataz se frotó los ojos y dio media vuelta. Examinó en semicírculo el espectáculo desordenado de los operarios y meneó la cabeza.

—Menuda mierda —dijo—. En momentos como éste sólo un imbécil puede ser creyente.

—¿Podría decirme dónde está el palacio arzobispal? —preguntó el extranjero, soslayando el comentario—. No conozco la ciudad.

El capataz no se volvió. Alzando la voz para compensar que le estaba dando la espalda, repuso:

—Eche a andar hasta que encuentre cualquier calle ancha. Cuando llegue a ella, tómela hacia arriba. El palacio arzobispal estará al final. Es una plaza muy

amplia. Todavía no me explico por qué estamos construyendo esto aquí.

—Gracias. Que tenga un buen día.

—Sin duda. Perdone mis modales. Le aseguro que cuando todavía esperaba algo de la vida era un tipo encantador, dentro de un orden. Hasta la vista.

El extranjero se dirigió hacia una brecha que había en el ábside, aunque habría podido salir por media docena de sitios diferentes. El capataz gritaba a su espalda. Algo removió las nubes que encapotaban el cielo y el día se tornó más oscuro. En aquella atmósfera entenebrecida, el frío se hacía más acuciante. Al pasar junto al altar la mirada del extranjero se cruzó con la de uno de los jóvenes taciturnos que había segregado antes del común de los operarios. Estaba en lo alto de una escalera, terminando de afilar la forma de una rodilla femenina bajo la túnica de piedra de una imagen todavía sin rostro. Le miraba con una extraña atención, no la que en cualquiera despierta un intruso, sino la de quien estuviera lanzándose a un cálculo. El extranjero vaciló entre saludarle o apurarlo la mirada, pero finalmente optó por apartar la vista y apretar el paso, mientras trataba de grabar la cara en su memoria, porque quizá fuera importante conocer desde el principio a quienes pudieran serle adversos. Que nadie estaría dispuesto a favorecerle, lo asumía, como la convicción de que lo que ellos buscaran, fuera lo que fuese, nada tendría que ver con sus propios fines. Él únicamente venía a hacer un trabajo y a cobrar un dinero. Nada le incumbía allí, fuera de procurarse los medios que necesitaba para su labor y esquivar los obstáculos que podían estorbarla. Procurarse y esquivar. Cumplir el encargo y apuntar a otro destino. No

aspiraba a más, porque, como forastero, ni podía ni quería alterar el paisaje.

A falta de razones para hacer otra cosa, siguió las instrucciones del capataz. Salió de la explanada en la que estaban construyendo la catedral y callejeó hasta tropezarse con una especie de avenida que subía hacia la izquierda, con una pendiente al principio poco pronunciada pero que al cabo de unos minutos le hizo odiar el peso de su equipaje. La ciudad estaba casi desierta, y el viento aullaba al doblar las esquinas. Cuando llegó a la plaza, una bofetada de aire le frenó en seco. Bajo esa inclemencia distinguió, al fondo, el contorno sombrío de lo que sólo podía ser el palacio arzobispal. Atravesó la plaza sin cruzarse con nadie, ni vehículos ni transeúntes.

En la puerta del palacio, zapateando contra el suelo y arrebuñado en su ropa de abrigo, había un hombre joven que parecía cumplir tareas de vigilancia. Llevaba guantes negros de cuero brillante y colgado al cinto un bastón corto, también negro y reluciente. Escarmentado por su experiencia anterior con el vigilante de la obra, se dirigió a él en el tono más oficial que le fue posible adoptar:

—Traigo un encargo del Arzobispo. He de ver al canónigo responsable de las obras de la catedral.

El vigilante sonrió y siguió golpeando a intervalos de dos o tres segundos sus pies contra el suelo. Carraspeó y preguntó:

—¿De dónde trae ese encargo? El Arzobispo está dentro.

—Quiero decir que he sido llamado por el Arzobispo, para realizar un trabajo en la catedral —rectificó el extranjero, titubeando.

—Comprendo. Pase y pregunte en la primera puerta a la derecha. ¿Qué lleva ahí?

—Mi equipaje y alguna herramienta. ¿Quiere examinarlo?

—En realidad no. Adelante.

El extranjero entró, maldiciéndose y comenzando a sospechar de la displicencia que todos le dispensaban. No podía ocultar su procedencia, por el bulto que llevaba al hombro, por su acento, o la urdimbre anómala de sus frases, en aquella lengua que no era la suya. No quería ser como ellos, pero le convenía no parecer lo contrario de ellos. Tras la primera puerta a la derecha encontró a un hombre de edad al que repitió la declaración que había dirigido al vigilante, cuidando de elegir la segunda versión, la corregida. El otro le miró por encima de sus anteojos de lente redonda y dejó transcurrir unos instantes de inhóspito silencio. Al fin, pidió:

—Aguarde un momento.

El hombre de los anteojos hizo venir a un muchacho de mejillas coloradas al que susurró unas breves instrucciones. El muchacho partió velozmente hacia el interior del edificio. El extranjero buscó con la mirada un sitio para sentarse, sin éxito. Decidió pasear arriba y abajo de la habitación, no sin antes liberarse del bulto que cargaba. El de los anteojos le seguía con la mirada y parecía ponerse nervioso con su ir y venir. Al cabo de un minuto, oyó que le decía:

—Eh, oiga.

El extranjero se volvió y durante el lapso que siguió esperó que el viejo le amonestara. Pero sólo recibió un ofrecimiento distante:

—¿Quiere algo caliente? Habrá pasado frío ahí fuera.

—No, gracias.

—¿Vino, tal vez?

—Muy amable, pero no.

—Como quiera. Luego no diga que le he tratado mal.

—No tenía intención de hacerlo.

—No crea que me asusta que pueda decirlo. Lo que usted diga, aunque se lo dijera al Arzobispo, no puede afectarme.

El extranjero, aturdido, aseguró:

—No sé de qué está hablando.

—Pronto lo sabrá. Oír a unos, observará a otros, y se le ocurrirán cosas que ahora no se le ocurrirían. He conocido a muchos que llegaron como usted, de ninguna parte. Ahora tienen un sitio y se permiten menospreciarme porque estoy en esta habitación. Porque necesitan olvidar que les vi y puedo volver a verles llegar de ninguna parte cada vez que se me antoje.

—Yo vengo de alguna parte —se defendió el extranjero, aceptando demasiado al vuelo la jerga del otro.

—Mejor para usted si es así. Pero lo dudo. No es ahora, sino dentro de un año, cuando podrá tratar de convencerme.

El extranjero rió de buena gana.

—Quizá no esté aquí tanto tiempo.

—La catedral es infinita —amenazó el de los anteojos—. Sólo los ingenuos cometen el error de aspirar a superarla.

—No vengo para hacerla toda, sólo me han encargado una parte —informó el extranjero, sin perder la sonrisa. Pero de pronto se le ocurrió que desconocía todo de aquel individuo. Mordiéndose la lengua, mi-

dió el gesto astuto de su interlocutor y decidió dar por concluida la conversación.

Durante el tiempo que todavía tardó en regresar el muchacho de las mejillas coloradas, el de los anteojos permaneció silencioso. Una vez que su subordinado le transmitió el mensaje, apenas empleó energías para comunicarle al extranjero:

—Le esperan. Tercer piso. Le acompañarán.

El extranjero recogió su equipaje y siguió al muchacho hacia la escalera. Cuando salía de la habitación, oyó a su espalda que el de los anteojos le advertía, sin énfasis:

—Si está abierto a escuchar un aviso, no le diga al canónigo que trae prisa por acabar. No es la filosofía de este negocio.

El muchacho andaba con pasos cortos y rápidos, como si temiera que el extranjero pudiera rebasarlo. Le condujo por un largo corredor, por una escalera empinada y por una galería en la que la luz plomiza del día invernal apenas si lograba descubrir los retratos que colgaban a grandes intervalos de los muros. Cada cuatro o cinco metros había una puerta de madera negruzca. Al cabo de treinta o cuarenta de estas puertas el muchacho se detuvo y le señaló la que hacía la treinta y uno o la cuarenta y uno. El extranjero dudó un instante y el muchacho musitó:

—Debe entrar ahí.

—¿Por quién pregunto?

—Le están esperando. Adiós.

El extranjero vio al muchacho alejarse, con su trotecillo peculiar, hasta que desapareció por donde habían venido. Después hizo girar el picaporte y entró en una especie de antesala angosta, pobremente

iluminada, en la que distinguió con dificultad otra puerta al fondo y una figura casi invisible a la derecha. Sólo al cabo de unos segundos de mirarla pudo identificarla como una mujer joven. Las lentes y el triste peinado la asexuaban e incluso escondían la singular carnosidad de sus pómulos y sus labios. Pero el extranjero admitió no estar allí para juzgar de belleza femenina; dejó su bulto en el suelo y se presentó:

—Creo que me esperan. Soy el maestro tallista.

Ella no aflojó el seco gesto inquisitivo que había adoptado al verle. Haciendo sonar una voz grave, asintió:

—Sí. Aguarde un momento.

La mujer salió de detrás de su mesa y se acercó a la puerta del fondo. Llamó un par de veces con los nudillos y una voz atiplada, que en el oído del extranjero contrastó ridículamente con la firmeza de la de ella, invitó:

—Adelante.

La mujer abrió y anunció desde el umbral:

—Su visita.

—Hágale entrar, Camila.

Camila se apartó para que el extranjero pudiera acceder al despacho. Mientras él pasaba, bajó la vista y se compuso las vestiduras sobre el pecho, innecesariamente. La camisa que llevaba era gruesa y la tenía abrochada hasta el cuello. El extranjero se repitió que no era lo que hiciera aquella mujer lo que más debía preocuparle. El canónigo le esperaba de pie tras un escritorio de madera sobrio pero probablemente costoso, al final de una sala con un amplio ventanal que hacía más tétrico el habitáculo de Camila. Era un hombre de mediana estatura, ni del todo viejo ni del

todo joven, pálido y con una barba negra que resaltaba con fuerza sobre su cutis. Cuando estuvo junto a la mesa, mientras estrechaba su mano tibia y algo húmeda, el extranjero vio escamas blancas sobre los hombros de la sotana de buen corte. También la higiene de la barba le pareció bastante descuidada. Entonces le miró a los ojos, y advirtió que el otro le escrutaba con impúdica fijeza.

—Me llamo Ennius —silbó la voz atiplada—. Bienvenido.

—Gracias —repuso el extranjero, inseguro.

El canónigo le examinó en silencio, de arriba abajo, con aquella insolencia que comenzó a inquietarle. Luego frotó sus manos y juntó las palmas ante su cara, de modo que los dos índices se apoyaban apenas sobre su labio superior. Súbitamente, preguntó:

—Y a usted, ¿no le pusieron ningún nombre?

—Ah, perdone, creí que... —tartamudeó el extranjero, y aclarando su garganta, informó—: Me llamo Bálder. Se escribe como suena, con be.

—No se esfuerce. Hablo su lengua —se jactó Ennius.

—Tal vez desearía ver la carta del Arzobispo —se precipitó el extranjero.

—¿Qué carta?

—La del encargo. Se me indicó que la trajera conmigo, por si necesitaba presentar mis credenciales.

—No es preciso —rechazó Ennius, calmoso, echándose hacia atrás—. ¿Qué es lo que pretende hacer, exactamente?

—Bien, lo que pretendo, es decir, mi encargo —dijo Bálder, confundido—; he venido a hacer la sillería del coro, en la catedral.

—En la catedral, desde luego. Interesante.

—Se me dijo que podía haber otros trabajos. Pero lo único concreto era la sillería, por el momento.

—Ajá. ¿Y tiene alguna idea? Me refiero a las líneas generales.

Bálder no estaba seguro de haber comprendido la pregunta. Tampoco sabía si había entendido bien nada de lo que hasta ese instante había dicho Ennius. Provisionalmente, se dejó guiar por su intuición.

—En realidad, sólo tengo algunos bocetos, borradores más bien. Por lo que se refiere a la estructura, no conozco las dimensiones. En cuanto al detalle, he preparado algunos esquemas, pero es algo que suelo ir perfilando sobre la marcha.

Ennius le observaba con una amabilidad remota que debía de constituir la más extrema aproximación que su carácter toleraba conceder a un desconocido. Al oír lo último, frunció la nariz. Bálder, por si acaso, precisó:

—Por supuesto, a medida que vaya definiendo todos estos extremos iré sometiéndolos a su aprobación.

—Sí, parece lo procedente —comentó Ennius, distraído—. Tampoco se apure. Nos gusta que los artistas trabajen con libertad, siempre que no olviden que no están decorando un prostíbulo, no sé si me explico.

Bálder no supo qué contestar a aquella abrupta observación. Afortunadamente, Ennius no parecía contar con que lo hiciera. Miró un poco por el ventanal y añadió:

—Ya estoy al tanto de lo que viene a hacer. Ahora hableme de usted.

—¿De qué parte? —bromeó Bálder, desorientado.

—De la que juzgue más conveniente que yo sepa.

—Bien, compruebo que no hace falta que le diga de dónde vengo —aventuró el extranjero—. Llevo diez años haciendo mi trabajo, encargos religiosos y alguno profano, pero sobre todo religiosos. Mis referencias ya se las facilité al Arzobispo por carta, y de la suya encomendándome el trabajo deduzco que le resultaron suficientes y adecuadas.

—No he puesto en duda su capacidad —observó Ennius, abúlicamente.

—Tampoco quiero sugerirlo. No sé qué más le puedo contar.

—No parece un hombre con demasiadas facetas, si me permite decirlo, Bálder.

—Es posible. Quiero hacer el trabajo y creo que puedo hacerlo mejor que otros. Le ruego que no me considere un impertinente, pero no se me ocurre qué más podría interesarle de mí.

Ennius dejó, tal vez deliberadamente, que una nube de disgusto flotara en su gesto. Bálder supuso que ya había cometido la equivocación que el capataz había vaticinado y temió que el canónigo se pusiera en pie y le echara del palacio. Pero Ennius cambió pronto aquella expresión por una amplia sonrisa, que se abrió despacio bajo su barba sin brillo.

—Quizá necesitemos más. Aunque pueda parecerle lo contrario, no es lo mismo construir una catedral que construir cualquier otro tipo de edificio —le ilustró, con indulgencia—. Los edificios se erigen normalmente en función de su finalidad, es decir, del uso que se pretende darles. La catedral, *esta* catedral, tiene como razón fundamental la propia obra. Cuando esté terminada, si por desgracia llega a estarlo, ten-

drá una utilidad muy reducida. Resultará fría y poco habitable, tendrá un volumen desproporcionado a su superficie, será gravoso conservarla. Lo que importa es lo que ahora representa: el esfuerzo, la procura de recursos, la aportación de material, la acumulación de proyectos sobre el proyecto originario, algunos armónicos, otros que no lo son. Ahora la catedral está viva, y nosotros trabajamos para ella pero ella también trabaja para nosotros. Cuando esté acabada, es decir, muerta, sólo nosotros trabajaremos, y ella habrá dejado de servirnos. No sé si me entiende, Bálder. A usted parecen interesarle los fines, pero la catedral sólo vale lo cerca que está del principio.

Bálder comprendió que había hablado demasiado. Mientras escuchaba el discurso del canónigo, lamentó su manejo inexperto del idioma, al que acaso debiera no haber sabido encubrir su indiferencia por el empeño de levantar el templo. Dedujo que más le convenía permanecer callado, aun a riesgo de otorgar.

—Va a permitirme que le haga una pregunta personal, Bálder —continuó Ennius—. ¿Cree en Dios?

Ahora tenía que mentir o decir la verdad. Podía tratar de eludir la respuesta, pero acaso fuera aquélla, ante Ennius, la forma menos recomendable de elegir entre las dos opciones. No tenía fuerzas ni aplomo para mentir, y sin embargo, lo hizo:

—Aproximadamente, sí.

Ennius abrió los ojos de un modo bastante ostensible. Bálder había logrado despistarle. En su respuesta sólo había un átomo de verdad, aquel *aproximadamente*. Tan escaso asidero le había ayudado a cambiar con naturalidad la negativa por la afirmación.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que creo pero no acierto a adivinar cómo es, ni lo que desea de nosotros, si es que desea algo —improvisó Bálder.

Ennius meditó un instante. Se mesó la barba con energía algo excesiva y opinó:

—Me cuesta decirle que me conforta, pero creo que se requieren mejores pruebas antes de rechazar a un hombre.

—Me intranquiliza. No era consciente de estar jugándome tanto —rió Bálder, con temeridad.

Ennius borró su sonrisa y se movió en su asiento, como si le hubieran sorprendido a contrapié.

—Yo no puedo decidir eso —puntualizó—. Si llega el caso, me limitaré a proponer lo que estime oportuno. Tengo superiores a los que debo obediencia.

En ese momento Bálder supo que Ennius no se contaría entre sus partidarios, pero también supuso que no se atrevería a atacarle de frente. Probablemente fiaba la suposición a la carta que había traído consigo y que sólo un sujeto sin responsabilidades había pedido ver. Desconocía qué instrucciones habían sido cursadas con motivo de su llegada, y desde qué instancias habían partido. Pero Ennius debía de estar al corriente de ellas y era significativo que no se condujera a su antojo. Más sereno, el extranjero se propuso guardar la prudencia que ya había descuidado un par de veces aquella tarde.

—No quiero que malinterprete esta conversación —trató de ordenarse Ennius—. No estoy haciéndole un examen de ingreso, porque ya ha sido aprobada su incorporación a la obra y no me compete revisar esa decisión. Intento conocerle y transmitirle el espíritu que anima el trabajo de todos nosotros. Se espera de

usted que participe de ese espíritu, porque esto no es la mera ejecución de un proyecto arquitectónico. No podemos exigirle que capte a la perfección el sentido de la catedral nada más llegar. Nadie lo ha hecho. No obstante, confiamos en que pronto estará comprometido con ese sentido que nos impulsa a los demás. Si no es así, mi obligación será informar a quienes tienen atribuciones para evaluar su conducta, y no le oculto que recomendaré sin contemplaciones que se le expulse.

—Le agradezco su franqueza. Confío en que podrá demostrarle que merezco la oportunidad que me han dado.

—¿En todos los aspectos? —preguntó el canónigo.

—En todos. No he defraudado a nadie, hasta ahora.

—Es usted orgulloso, Bálder. Pero en la catedral no basta con la destreza en el arte. Hace falta una cierta convicción acerca del arte, y si no la trae tendrá que ganársela.

—Puedo sudar todo lo que haga falta.

—Tal vez no sea cosa de sudar. Tal vez no pueda tenerla nunca.

—Si le parece, ésa será nuestra apuesta.

Ennius aceptó en silencio el reto y, algo más relajado, se tomó la licencia de reconocer a su interlocutor:

—Me asombra usted. Nadie sale por donde usted ha salido. Estoy acostumbrado a que los recién llegados me mientan tan insensatamente como para aconsejar su despido inmediato, a que me mientan de una manera lo bastante razonable como para prever que podrán contribuir con provecho a la obra y a que me digan la verdad con más rutina que mérito. No acabo

de precisar cuál de las tres actuaciones habituales ha desbordado usted, y eso me fuerza a esperar. Presiento que no vamos a aburrirnos con su presencia, aunque no debería desear notoriedad. Ésta es una empresa complicada. Tal vez no convenga que demasiadas miradas confluyan en uno. No me entienda mal, pero una de ellas puede ser la del diablo.

—Sinceramente, creo que se equivoca conmigo —protestó Bálder, inquieto con la dudosa distinción que el otro le auguraba—. Cuando dije que no le defraudaría no prometía tanto.

—Si no tiene inconveniente, sería oportuno que fijáramos ahora algunos detalles prácticos —observó Ennius, cambiando bruscamente de asunto.

—Como guste.

Ennius sacó una especie de cuaderno de tapas negras y duras. Apresó entre el índice y el pulgar el cordón rojo que dividía en dos montones casi iguales las páginas del cuaderno, lo colocó trazando su diagonal y lo abrió ceremoniosamente, cuidando de no dañar la esquina de la hoja. Buscó en el otro extremo de la mesa una pluma larga y de apariencia ligera y se acercó un tintero de cristal algo aparatoso.

—Veamos —comenzó—. ¿Conoce su salario?

—No con exactitud. Planteé mis exigencias y nadie me dijo nada, así que me he atrevido a interpretar que pueden ser atendidas por el Arzobispado.

—Seguro que sí. ¿Cuatrocientos por semana son bastantes para satisfacer sus expectativas?

—No me conviene reconocerlo, pero resulta incluso generoso.

—No se preocupe. Me alegra que progresems deprisa. ¿Qué otras cosas necesita?

—He estado viendo las obras. Por el estado en que están, creo imprescindible que se me habilite un taller para trabajar. No puedo hacerlo en el interior del templo.

—¿Qué quiere decir? ¿Está sugiriendo acaso que la catedral se encuentra en malas condiciones?

—Para hacer mi trabajo sí —insistió Bálder, perplejo por tener que reiterar algo tan manifiesto.

—Explíquese.

—He podido observar que el coro está construido, e incluso bastante bien acabado. Pero la catedral no tiene techo, sus muros están a medio alzar y la labor de albañilería en una fase crítica. No puedo trabajar allí, salvo que quieran malgastar madera y tiempo.

—Si necesita que cubramos la zona ordenaré que le hagan un entoldado.

—No es sólo eso. La humedad entraría igual, y tampoco me soluciona el problema del polvo, del cemento, ni evita el riesgo de que todo se deteriore mientras terminan la nave.

—Le haré una nave de lona, aislaremos el coro del resto de la obra. Usted supervisará los trabajos para que no quede ningún resquicio por donde pueda estropearse su sillería.

—Con todo respeto, no me parece una buena idea.

—Pues tendrá que atenerse a ella. Hay una cosa que debe anteponer a todos sus reparos. La catedral es una obra única, un conjunto indivisible de esfuerzos y voluntades. Si en ella hace ahora frío o golpea la lluvia, nada deseable puede hacerse sin lluvia y frío. Preferimos que sus tallas pierdan calidad a que se desvinculen del resto de la empresa.

Bálder no estaba en disposición de oponerse, pero se quejó:

—¿Se da cuenta del precio que puede tener que pagar? Hablo de que todo se eche a perder.

—No se torture por las finanzas del Arzobispado. Tendrá madera y su salario aumentará regularmente.

—¿Y el tiempo? Habrá que dismantelar lo que se arruine, rehacerlo.

—Lo repetiré en atención a su poca experiencia entre nosotros, Bálder. El tiempo que puede perjudicar a la catedral no empezará mientras la obra dure.

Bálder aceptó que debía reservarse u obviar sus reflexiones. De paso, quería entender lo que Ennius predicaba con testarudez, para dilucidar si más valía regresar a su tierra o si cabía buscar un modo de convivir con todo aquello. Pero si esto último no le parecía sencillo, tampoco evitó recordar que la opción del retorno, después de un par de infortunios y algunas culpas, le estaba vedada, y acaso para siempre. Por el momento carecía de alternativa. Así que, aunque Ennius no necesitaba su asentimiento, se lo entregó:

—Si usted asume los riesgos, no veo qué objeciones me quedan —declaró, mordiendo las palabras.

—Tampoco se lo tome así, Bálder. Acéptelo como un desafío. Estoy seguro de que le gustará trabajar en la catedral. A todos acaba atrapándoles.

Bálder recordó los juramentos del capataz, pero antes de decidir si Ennius era un mentiroso o un idiota, reparó en el verbo que había empleado en su última frase y temió que fuese un canalla. De pronto le daba igual transmitirle adecuadamente sus necesidades de material y operarios, sólo quería salir de aquella habitación y perder de vista los hombros salpica-

dos de caspa y la barba sucia, los ojillos pertinaces y la tez entre pálida y amarillenta. Disimulando a duras penas su disgusto, preguntó:

—¿Cómo arreglo lo del entoldado?

—No se preocupe —dijo Ennius, con suficiencia—. Cursaré instrucciones urgentes al capataz. Paralizaremos los demás trabajos mientras le cubren el coro. Tendrá una lona impermeable y delimitaremos su área de trabajo para que los demás no le estorben. No ponga esa cara de incrédulo. Sólo queremos que esté en la catedral, no se trata de amargarle la vida. ¿Cuántos ayudantes necesita?

—Para empezar, es decir, para limpiar la zona y trasladar el material, me bastará con tres o cuatro. Luego querría disponer de unos diez. No es necesario que todos sean finos ebanistas, pero me servirá de poco el que no sea buen carpintero.

Ennius interrumpió el dibujillo que estaba haciendo en una esquina del cuaderno y soltó un breve soprido. Gravemente, explicó:

—Tendrá toda la madera que quiera, Bálder, pero por lo que se refiere al personal deberá moderar sus aspiraciones. Por fortuna, el Arzobispado dispone de recursos económicos abundantes. Con eso basta para el material. Pero las personas que podemos emplear en la construcción son un bien escaso. No podemos dejar que cualquiera entre en ese recinto. De un operario no se espera lo mismo que de usted, pero sí más de lo que puede esperarse de una persona corriente.

Bálder oyó aquello con cierto estupor, fresca como estaba en su memoria la imagen de quienes poblaban la obra. Renunció a protestar.

—¿Cuántos me da, entonces?

—Cinco, desde el principio. Desde mañana.

—¿Son carpinteros?

—Serán lo que haga falta.

—Ya veo.

—Tenga fe. Se trata de hacer una catedral.

—¿Y la madera?

—Pídala directamente al capataz. La tendrá enseñada. Por eso no se preocupe. La archidiócesis posee muchos bosques.

—Tanto mejor. Si le parece hablaremos de otros detalles cuando tenga las medidas tomadas y los primeros planos. ¿Cuántos asientos ha de haber en el coro?

—Ciento treinta y cinco. En tres niveles.

—Tres por tres y tres y cinco —descompuso el extranjero, abstraído en la cuenta—. Podrá arreglarse, seguramente. Una última cosa. Llevo conmigo las herramientas más delicadas, pero necesito otras, para mí y para mis ayudantes.

—Le diremos al capataz que ponga a su disposición nuestro almacén. ¿Algo más?

Bálder titubeó un instante. Aunque no le seducía recurrir a Ennius para aquello, tampoco vio qué podía perder. Al fin, dijo:

—Sólo querría pedirle ayuda para solucionar un pequeño problema de intendencia personal. Me refiero a mi alojamiento. Al menos por esta noche. Mañana puedo buscar más espacio.

El canónigo sonrió cálidamente.

—Por Dios, ni se le ocurra preocuparse por eso. Hay un aposento en el palacio para usted. Todos los que trabajan en la catedral tienen techo y pan aquí. No hay nada mejor en la ciudad.